

PASCAL PEDAGOGO

María Gloria Medrano de Tebas.

Buscar un calificativo distinto a los muchos que se han adjudicado al genio de Blas Pascal, sería una obra difícil o casi imposible, pero no resulta tan innaccesible tratar un aspecto nuevo en el gran pensador francés: el pedagógico, como ideador de un nuevo método para la enseñanza de la lectura.

No quiere ello decir que ninguno de sus historiadores haya citado sus aportaciones en este campo, pero lo que sí es cierto es que son pocos los que lo recuerdan y a excepción de Sainte-Beuve, lo hacen en forma muy superficial y rápida.

Si entre los estudiosos de la vida y obra de Pascal, no son muchos los que conocen o por lo menos los que dan importancia a esta idea pedagógica suya, menor aún es el conocimiento que los profanos tienen de esta faceta del autor de las *Provinciales*.

En efecto, encontramos estudios sobre Pascal como: científico, filósofo, etc., pero no como pedagogo y sin embargo su descubrimiento marca un hito fundamental en la enseñanza de la lectura y por lo tanto en el avance pedagógico.

El interés de Pascal en el campo educativo no se manifiesta únicamente en su idea sobre un nuevo método para la enseñanza de la lectura, se preocupó también por otras cuestiones relativas a la didáctica y así redactó al respecto un libro sobre *Elementos de Geometría*.

Pero sin embargo desde el punto de vista estrictamente pedagógico su aporte principal está constituido por su nuevo método para aprender a leer.

Marcel Prévost en sus *Lettres a Françoise* hace un elogio del autor del método fonético, cuyo contenido —aunque no cite el nombre de Blas Pascal— se le puede adjudicar de manera indirecta, puesto que él es el autor de dicho método. El texto de dicho elogio nos puede dar una idea clara de lo que representa en el plano didáctico la introducción del método fonético para la enseñanza de la lectura: "El hombre que enseñando a leer a los niños inventó llamar a la R "re" a la F "fe" me parece que posee una especie de genio y bien merecería que se le levantase una estatua".

Pero para que podamos tener una idea clara de lo que pedagógicamente significa la idea de Pascal será necesario que demos un esbozo histórico de la situación existente en cuanto a la enseñanza de la lectura, en el momento en que hace su aparición el método fonético.

El dominio de la lectura es algo de trascendental importancia, tanto en el plano general del saber humano como en el terreno más limitado del rendimiento escolar; por ello los pedagogos de todos los tiempos se han preocupado del estudio de métodos adecuados para su enseñanza.

Una idea de su importancia en el primero de los aspectos, es decir, en el del saber humano general, nos lo da el siguiente párrafo de Huey: "su predominio está comprobado por nuestro vocabulario usual; el hombre instruido es un letrado mien-

tras que el ignorante es un iletrado. Decir de alguien que no sabe leer ni escribir es desterrarlo de la sociedad culta. La verdadera lectura es aún la más noble de las artes, el medio por el cual nos llegan las más importantes concepciones, los más elevados ideales, los sentimientos más concordes con la humanidad; la palabra escrita y la aptitud para interpretarla es una verdadero presente divino" (1).

En el terreno del rendimiento escolar, Bachmann afirma que algunos niños a pesar de un desarrollo superior de inteligencia, acusan retardo en sus estudios si tienen dificultades en la adquisición de la lectura. Gates presenta una encuesta que prueba que la causa más frecuente del fracaso escolar es la insuficiencia de los resultados en la lectura. En efecto, según dicha encuesta: en primer grado, el 99.15% de los alumnos que repiten son considerados con retardo en esta materia; en el segundo grado, el porcentaje disminuye a un 90% y en el tercer grado a un 70%.

No hay tampoco que olvidar que la aplicación de muchos tests de inteligencia presuponen ya el saber leer y escribir, y que Binet y Simon toman, como índice de la imbecilidad, la incapacidad para aprender a leer.

A la importancia que tiene la lectura en sí, hay que añadir la que, según los fisiólogos, tienen la manera de aprender a leer; en efecto, se ha comprobado que entre los seis y siete años —época en que frecuentemente se aprende a leer— el número de niños que tartamudean aumenta considerablemente y que niños que tienen predisposición al tartamudeo acostumbran acrecentarla después de las primeras lecciones de lectura.

Dada, pues, su gran trascendencia, no es de extrañar que, exagerando desde luego, muchos padres y aún educadores consideren que el fin esencial de la escuela primaria es enseñar a leer y escribir; y por eso miden el valor de un sistema de educación según la mayor o menor facilidad en la adquisición de la lectura.

Pero sí puede afirmarse sin exageración que el problema de la metodología de la lectura es uno de los más importantes de la escuela primaria; por lo que ha sido motivo constante de estudio y preocupación para los pedagogos. Ello justifica plenamente que la clara inteligencia de Pascal, al conocer por experiencia propia —ya que se dedicó a la formación de algunos muchachos, especialmente de Louis Perier y a través de la de su hermana Jacqueline, las dificultades existentes para aprender a leer, se interesara por ese problema.

Desgraciadamente, este estudio se ha llevado a cabo casi siempre desde un punto de partida erróneo. En efecto, aprender a leer y escribir no es sólo adquirir un mecanismo de interpretación de signos y sonidos, sino principalmente organizar la mente, acostumbrarla a expresar conceptos y sentimientos, introducirla en el mundo de la cultura, de la sociedad, de la tradición, del arte, de la vida.

Es una finalidad compleja, de carácter intelectual, social, político y humano, que puede resumirse en una concepción educativa. Pues la posesión segura y completa de la lengua, que significa el conocimiento de la lectura y escritura, implica formación de la conciencia humana, formación del individuo, en resumen *educación*.

Se ha olvidado sin embargo, con excesiva frecuencia este aspecto fundamental de la cuestión: la atención ha recaído casi siempre sobre los problemas de orden práctico que pueden surgir —por parte del maestro o del alumno— para la adquisición del mecanismo de la lectura y la escritura.

(1) Huey E. B. "The psychology and pedagogy of reading". Nueva York, 1920 - pág. 3.

No se ha pensado que de una racional y bien hecha enseñanza de estas materias pueden derivar daños o ventajas considerables para el sucesivo desenvolvimiento de los estudios escolares y de la educación mental en general. Porque se comprende perfectamente que la lentitud, monotonía y falta de interés del aprendizaje de la lectura o de la escritura, crean —desde un principio— una separación entre el niño y la escuela, separación que desaparecerá difícilmente, o no desaparecerá, creando con ello una situación alumno-escuela que dificultará de una manera considerable todo avance en el terreno de la educación e instrucción.

Si tenemos conciencia clara de todo lo anterior nos daremos cuenta de la importancia trascendental que en el terreno educativo en general tiene la aparición del nuevo método de enseñanza de la lectura.

El método de mayor antigüedad es el que Dionisio de Halicarnaso nos explica ya en su obra *De la composición de la palabra*. En él se enseña primero los nombres de las letras, su forma y su valor, las sílabas y por último las palabras.

La aridez del mismo no ha pasado desapercibida a los pedagogos durante sus largos años de aplicación. Prueba fehaciente de ello es la preocupación constante de los mismos por hacer —en lo posible— más agradable dicho aprendizaje.

Así Filostrato narra, en su *Vida de sofistas*, que el procónsul de Asia, Herodes Atico, para facilitar a su hijo el aprendizaje del alfabeto, colgaba un cartel con cada letra del cuello de un esclavo que respondía al nombre de la misma, y así el niño, viéndoles, llamándoles y oyéndoles llamar, aprendía el alfabeto.

Quintiliano recomienda el uso de letras de marfil o cualquier otra materia semejante, para que el niño pueda manejarlas y esto haga más atractivo el aprendizaje.

También San Jerónimo en su *Carta a Leta* hace referencia a letras de madera o marfil.

Algunos siglos más tarde, Vittorino da Feltre, que lucha contra el sistema de enseñanza de la época y quiere hacerla más agradable, divertida y conforme a la naturaleza del niño, aconseja el uso de letras móviles para facilitar el aprendizaje de la lectura.

Locke pensará, más tarde, en escribir las diversas letras en dados con los que el niño pueda jugar.

Rollin preconiza el uso de su "tabla tipográfica", en la que el niño encontraba las letras para su manejo.

Finalmente es curiosa —y aún algo ridícula la idea de Basedow, que defiende el uso de letras de dulce para que, al verlas y comerlas, el niño aprenda con mayor facilidad.

Sin embargo, todos éstos no son más que intentos para dulcificar en lo posible una enseñanza desagradable y difícil, pero que no solucionan nada, porque la dificultad de este método, como puede fácilmente comprenderse, estriba en el trabajo complicado que hay que llevar a cabo, para, una vez aprendido el nombre de las letras, poder leerlas en el conjunto de las palabras, en cuya estructura lo único que verdaderamente tiene importancia es el valor fonético y así puede pasar del deletreo dificultoso a la lectura.

La solución a todos esos problemas viene dada con la aparición del llamado "Método fonético", es el ideado por Blas Pascal, y está basado en el sonido o valor

fonético —de ahí su nombre— de las letras. Sonido que tendrán por sí mismas al tratarse de vocales o, si son consonantes, tendrán en unión de una vocal. Con ello se evitan dificultades que puedan aparecer posteriormente al tener que leerlas en la totalidad de la palabra.

Comenio lo presentó en su *Orbis sensualium Pictus*, pero no en la forma total y completa con que aparece en Port Royal gracias a la intervención de Pascal.

En efecto, dicho método es utilizado ya desde 1660 en la *Grammaire generale et raisonnée* de Port Royal y Arnauld y Cuot junto con Pascal se dedicaron a su perfeccionamiento (2).

Pero hay un documento anterior que ya nos prueba la existencia de esa genial idea del pensador francés y es una carta de su hermana Jacqueline fechada el 26 de octubre de 1675 y en la que el fragmento que más nos interesa dice así: "Mi muy querido hermano: ' ' ' Nuestras Madres me han encargado que le escriba a fin de que nos mande todos los detalles de su método para aprender a leer por be, ce, de, etc., en el que no es necesario en absoluto que los niños sepan el nombre de las letras. Porque yo veo bien cómo se les puede enseñar a leer, por ejemplo Jesu, haciéndoles pronunciar Je e, ze, u, pero yo no veo cómo se les puede hacer comprender fácilmente que las letras finales no deben añadir "e". Porque naturalmente siguiendo este método dirán Jesuse; a no ser que se les enseñe que no hay que pronunciar la "e" al final cuando esa letra está efectivamente allí. No veo cómo se les puede enseñar a pronunciar las consonantes que siguen a las vocales, por ejemplo, "en" puesto que dirán "ene" en lugar de pronunciar "an", como sucede a menudo en francés. Igualmente para "on", ellos dirán "one" e incluso haciéndoles comer la "e", no lo dirán con buen acento, si no se les enseña aparte la pronunciación de la "o" con la "n". Yo no tengo otros en la mente, pero creo que usted los había previsto. (3)

(2) Primera parte. Cap. VI. Una nueva manera para aprender a leer fácilmente en toda clase de lengua. "Este método tiene en cuenta principalmente a los que no saben aun leer. Es cierto que no es una gran dificultad para los que empiezan conocer simplemente las letras; pero la más grande es la de unir las. Pero lo que ahora hace esto más difícil, es que teniendo cada letra un nombre, se la pronuncia sola de manera distinta que unida a las otras. Por ejemplo, si se hace unir "fry" a un niño, se le hace pronunciar "ef" "er, "y grec" (en francés en el original), lo que enreda infaliblemente, cuando se quiere luego dar estos tres sonidos unidos, para hacer el sonido de la sílaba "fry". Parece, pues, que el camino más natural, como ciertas personas de ingenio lo han subrayado ya, sería que los que enseñan a leer, no hicieran aprender a los niños a conocer las letras más que por el nombre de su pronunciación. Y que así para aprender a leer en latín: por ejemplo, se dé el mismo nombre de "e" a la "e" simple la "ae" y la "y" porque se las pronuncia de la misma manera y lo mismo con la "i" y la "y" y también con la "o" y la "au" según se pronuncian hoy día en Francia. Porque los italianos hacen de la au un diptongo. Que no se les nombre tampoco las consonantes más que por su nombre natural, y añadiendo solamente la "e" muda, que es necesaria para pronunciarla. Por ejemplo que se dé por nombre a "b", lo que se pronuncia en la última sílaba de tombe, que tome a la "d" el de la última sílaba de ronde, y así otras que no tienen más que un sonido. Que para aquellas que tiene varios, como c, g, t, s, se les llame por el sonido más natural y más ordinario que es a la "c" el sonido "que" y a la "g" el sonido que a la "t" el sonido de la última sílaba "forte" y a la "s" el de la última sílaba de "bourse". Y a continuación se les enseña a pronunciar a parte, y sin deletrear, las sílabas ce, ci, ge, gi, tia, tie, tii. Y se les hace entender que la "s" entre dos vocales se pronuncia como "z" "miseria", "misere", como si se escribiera "mizeria" "mizere" etc.

(N. T. esto está específicamente dedicada en sus detalle a la lengua francesa, pero se pueden comprender fácilmente las modificaciones que corresponde a otras lenguas (Pascal "Ouvres completes" Biblioteque de la Pleiade pág. 1455).

(3) Obra citada pág. 1455.

Indudablemente, muchas de las dudas expresadas en esta carta, se superaban ya en la exposición sistemática del método que aparece en la *Grammaire generale et raisonnee* y muchos otros problemas que en él iban implícitos se fueron solvando en perfeccionamientos progresivos del mismo, que se realizaron a lo largo de los años de su aplicación. Pero algunas de las cuestiones que con tanto acierto observa Soeur Jacqueline de Sainte-Euphemie Pascal, no pudieron ser solucionadas en forma completa hasta la aparición del moderno método de lectura global que introdujo el gran pedagogo belga Ovidio Decroly.

Sin embargo, el que el método fonético fuese susceptible de mejoramiento y tuviera ciertos defectos, no le quita méritos a su importancia. Todo método puede cambiarse y perfeccionarse y no iba a ser éste la excepción. Y el método fonético, dada la situación de la época de su aparición, fue una verdadera revolución constructiva y además preparó la aparición posterior del método global.

Es innegable que muchos pedagogos posteriormente a su aparición se preocuparon de completarlo y perfeccionarlo, pero el aporte inicial y positivo del genio de Pascal que ha permitido en el terreno pedagógico, como en los otros campos científicos, la aparición de obras más completa y detalladas, no puede ni debe ser olvidado.